

CAPITULO II

Conclusiones que se desprenden del movimiento huelguista elbeviiano.

El lector habrá, sin duda, comparado espontáneamente el movimiento huelguista elbeviiano con la huelga de los mecánicos ingleses, y por cierto que la labor es sugestiva. He aquí algunas observaciones sobre los puntos más interesantes de esta típica comparación.

Un primer carácter domina entre nosotros sobre los demás que basta, por sí solo, para explicar todo el mecanismo de estas huelgas: me refiero á la impotencia manifiesta para establecer una cohesión verdadera, tanto entre los patronos, por una parte, como entre los obreros por otra; el sistema de la pulverización inorgánica prevalece entre unos y entre otros. Sin duda, un mismo sentimiento de combate anima á la mayor parte de los espíritus de esta gran masa obrera; de lo contrario, el movimiento huelguista que se ha descrito no se hubiera producido; pero este sentimiento subsiste vago é indeterminado y no puede engendrar una intensa cooperación. A seme-

janza de aprendices que, sin estar dirigidos por un maestro competente, toman un balón y organizan una partida de *foot-ball*, cada miembro de los dos campos adivina aisladamente que una estrecha solidaridad debe unirle á sus camaradas, y, por tanto, la inmensa diferencia que separa su juego del que le impondrá más tarde la regla de Rugby. Esto es lo que se ve aquí, con la particularidad suplementaria de que cada obrero puede ser fácilmente inducido á desatender el interés colectivo por no perseguir más que su interés personal *aparente*. Los obreros de un establecimiento, no tan sólo son incapaces de coordinar, *siquiera temporalmente*, su acción con la de los obreros de los establecimientos similares, sino que, además, y con frecuencia, ni siquiera consiguen establecer entre sí la unidad de acción en el interior de un mismo establecimiento. Y el patrón, por su parte, nada intenta, ni adelanta para lograr una solidaridad, *siquiera temporal*, con sus colegas; más bien su acción es tan incierta, sus convicciones sucesivas son á la vez tan fuertes y... tan fácilmente modificables, que casi puede decirse que ni siquiera es apto para solidarizarse consigo mismo.

Esta ausencia de cohesión obrera ó patronal se observa en cada incidente del movimiento huelguista, en el comienzo, durante el desarrollo y al término de la huelga; en todas partes domi-

na la acción tumultuaria y caótica, y cuando en tres huelgas, excepcionalmente, los obreros han logrado establecer una inteligencia para formular sus reivindicaciones, parece que todo su esfuerzo de cohesión se ha agotado; el acuerdo no ha sido mantenido ni para cesar en el trabajo el mismo día, ni para decidir en qué condiciones se había de reanudar.

¿No es, por lo mismo, evidente que una huelga sin cohesión es una obra irracional y loca, puesto que la huelga supone evidentemente la cohesión y la inteligencia? ¿No es evidente que el patrón es más fuerte para resistir si muchos de sus obreros, al continuar trabajando, demuestran, con su ejemplo, que las condiciones presentes de trabajo son aceptables? ¿No es verdad que esta resistencia constituye por sí misma una obligación cuando los obreros de los establecimientos concurrentes se declaran satisfechos con la anterior tarifa de salarios? Por otra parte, ¿no es también cierto que la concesión por un solo patrón hace muy difícil, y frecuentemente imposibilita, la resistencia de los otros, á quienes los obreros podrán demostrar perentoriamente la posibilidad de pagar un salario más crecido? Sin duda, todo esto es manifiesto é indiscutible; y nadie, en Elbeuf, duda de que una huelga seria de la industria lanera suponía necesariamente la doble cohesión patronal y obrera: tan sólo reconoce todo el

mundo que esta doble cohesión es todavía en la actualidad ilusoria; la imprevisión, la ausencia de educación económica, una falsa concepción de la concurrencia, mantienen el aislamiento ó, por mejor decir, la anarquía caótica, entre los cointerésados. La desorganización es tan profunda, que los obreros ni siquiera saben unirse para una revuelta, ni los patronos asociarse para resistir el ataque.

Tal es la evidente y dolorosa conclusión que se desprende de las huelgas de Elbeuf.

¿Cómo explicar, entonces, que todos los elbebianos, sin excepción, estén de acuerdo en afirmar que los sindicatos son los únicos autores del movimiento huelguista y que éste sin ellos no se hubiera producido? Además, éste puede ser el solo punto sobre el cual todos los habitantes de esta circunscripción industrial están de acuerdo, y apenas hay necesidad de añadir que, según su temperamento, cada uno añade á su afirmación la expresión de sus quejas amargas ó de sus adhesiones de simpatía.

Los patronos imputan á los sindicatos la responsabilidad de las pérdidas producidas por la cesación del trabajo y el alza de los salarios, y su acusación parece tanto más fundada, cuanto que los *leaders* obreros han sido los primeros en atribuir á los sindicatos el honor de la victoria conseguida.

Las primeras líneas de un artículo del *Petit Rouennais*, publicado bajo el título *El movimiento huelguista en Elbeuf*, expresan con exactitud este sentimiento de los obreros. «Hace algunos años, semejante título hubiera parecido inverosímil, porque la población obrera de Elbeuf y su región era conocida por su indiferencia respecto del movimiento sindical, y las reducciones de salarios eran aceptadas como una fatalidad contra la que los trabajadores parecían incapaces de defenderse. Pero los obreros han adquirido poco á poco conciencia del poder que les da la asociación, y han acabado por seguir los consejos que les daban todos los demócratas con referencia á la acción sindical... Unidos, agrupados, sindicados, lograban conciencia de su poder y buscaban los medios de hacer valer sus derechos; y, sabiendo que el Gobierno actual les era favorable y que no emplearía contra ellos la fuerza, han juzgado llegado el momento de comenzar el movimiento de que depende la mejora de su estado material y moral. Por otra parte, admirablemente manejados por la comisión administrativa de la Bolsa del Trabajo, los obreros de la industria elbeviana han elaborado un programa de reivindicaciones que está hoy en vías de completa realización» (1).

Henos, pues, aquí en presencia de dos hechos

(1) *Le Petit Rouennais* de 27 de Noviembre de 1900.

muy precisos y claramente contradictorios: por una parte, las huelgas de Elbeuf atestiguan la impotencia de los obreros para agruparse, siquiera por algunos días, en una masa compacta y solidariamente organizada, y, por consiguiente, su impotencia, todavía mayor, para fundar los sindicatos. Por otra parte, todos los elbevianos, amigos ó adversarios de los sindicatos obreros, convienen en considerar á estos grupos como la causa de las huelgas y en atribuirles el honor ó la responsabilidad consiguientes.

Veamos de estudiar minuciosamente esta contradicción y de resolver esta paradoja; la cosa vale la pena, porque tocamos aquí uno de los errores más funestos y más extraordinarios del espíritu público en Francia.

A riesgo de escandalizar á todas las personas que en Elbeuf han querido prestarse á mis *interviews*, y que son—dicho sea de paso—mis paisanos, me veo en la necesidad de declarar, con la mayor energía, que los elbevianos se equivocan cuando atribuyen á los sindicatos obreros una acción que no han realizado. *En Elbeuf, como en otras partes, la huelga ha tenido por causa directa la imposibilidad de practicarse un régimen estable y fijo de asociación, y es la ausencia de sindicatos lo que engendra las suspensiones concertadas de trabajo.* Por atrevida que pueda parecer esta proposición, ella sola enuncia una verdad

cierta de la que, el ejemplo mismo de Elbeuf, constituye la más viva demostración.

No tan sólo la manera como las huelgas de Elbeuf han sido declaradas, perseguidas y terminadas es radicalmente incompatible con la existencia de sindicatos, sino que es imposible dar una prueba todavía más indiscutible de esta inexistencia. En efecto, cuando se averigua cuáles serían los sindicatos que hubieran fomentado las huelgas, se encuentra *que no existía ninguno antes del movimiento huelguista.* Conocida es la respuesta del cordero de la fábula, injustamente acusado por el lobo:

—¿Cómo he de haberlo hecho—si yo aún no había nacido?

Los sindicatos elbevianos podrían dar la misma respuesta á sus acusadores ó á sus admiradores. He aquí, en efecto, los informes más exactos que se conocen, á fin de evitar toda confusión, de la época en que el movimiento huelguista comenzó á dibujarse, al menos de una manera latente, es decir, en la primavera del año 1900. En esta fecha, había en Elbeuf tres sindicatos de obreros de la industria lanera. Esta pluralidad, que constituye un primer testimonio de anemia, no debe producir ilusión sobre el número de sus adheridos. La Unión Sindical de Tejedores núm. 2, hija miserable de la antigua Unión Sindical, fundada en 1882, comprendía poco más ó menos

cien miembros: la «Fourmi», fundada en 1884-1885 por todos los obreros de la industria lanera, comprendía alrededor de 150 á 160 adheridos; por último, la Federación elbeviana de obreros y obreras de la industria lanera, contaba un efectivo un poco más numeroso, puesto que se elevaba á 500 miembros. Si se suman estos tres contingentes y se les aproxima el número total de obreros á que, la fabricación de tejidos de lana, ocupa en la región elbeviana, número que es probablemente superior á doce mil, no hay más remedio que reconocer que las Cámaras sindicales obreras de Elbeuf no estaban todavía en condiciones de ejercer esa famosa «tiranía sindical» que ha sido tan frecuentemente estigmatizada.

He aquí, por otra parte, un segundo hecho no menos significativo: ninguna de ellas tenía una existencia en caja apreciable ni había acumulado los menores fondos de previsión. Efectivamente, la Unión Sindical de Tejedores contentábase con imponer sobre sus socios una cuota mínima de 30 céntimos mensuales, y la «Fourmi» había reducido su respectiva cuota á 10 céntimos; la Federación elbeviana había sobrepujado aún á esta paternal benevolencia; el artículo 8.º de sus Estatutos estuvo redactado hasta el 1.º de Febrero de 1900 en la forma siguiente: «Para facilitar á todos los obreros y obreras su entrada en la Federación elbeviana, la inscrip-

ción y el envío de los Estatutos á los adheridos son enteramente gratuitos. Las cuotas mensuales serán substituídas por una colecta libre que se hará en cada reunión general y cuyo producto se consignará en el acta de la sesión.» Con Estatutos tan liberales la Federación elbeviana hubo de reclutar como adheridos á todos los obreros de Elbeuf, y, si se pone cuidado, nada atestigua mejor la indiferencia de estos obreros frente á la agrupación sindical, que su escasa diligencia para ingresar en un sindicato que no les pedía más que el nombre. Cualquiera adivina fácilmente que el producto de estas colectas era apenas insuficiente para el alumbrado y para el alquiler de la sala; por esto, desde 1.º de Febrero de 1900, el art. 8.º de los Estatutos modificados estipulaba que la cuota mensual sería de 20 céntimos para los hombres y 10 céntimos para las mujeres.

¿Será preciso añadir que ateniéndose tan sólo á la lectura misma de estos Estatutos todavía resultaría inexacta la idea que ellos dan de la vida real de las Cámaras sindicales? De hecho, las cuotas no eran pagadas con regularidad, ni se llevaba una contabilidad seria, ni se celebraban las reuniones periódicamente, ni los directores eran normalmente elegidos: todo se pasaba «en familia y entre buenas gentes», es decir, en el más completo desorden. ¿Cómo, pues, con una vida tan miserable había de poder, cada Cámara

sindical, organizarse para un funcionamiento regular?

Ninguna de estas tres Cámaras sindicales era capaz de poner mano en la dirección de una huelga y de conducirla á la manera de los mecánicos ingleses; y si se reflexiona un poco, *es evidente que la ineptitud de estos grupos inestables y caóticos para representar valdederamente á los obreros de la industria lanera, para formular en su nombre sus reivindicaciones, para formalizar en su representación una transacción en debida forma, debía necesariamente hacer la huelga inevitable, el día en que, las circunstancias económicas y el ejemplo de otros medios industriales, hicieran á los obreros pedir un aumento de salarios.* Como, por otra parte, bajo el régimen del gran taller, un obrero asilado *no tiene ninguna probabilidad de obtener la subida del salario,* resulta que es la ausencia de la agrupación sindical, y no su existencia, la que, unida á las condiciones económicas, ha favorecido la explosión del movimiento huelguista elbeviiano.

Pero entonces—se dirá—, ¿cómo explicar esta enorme equivocación de los elbevianos? Para responder á esta cuestión es preciso señalar una vez más la facilidad con que el espíritu no disciplinado al método de observación se pierde en medio de la complejidad de los fenómenos sociales y los embrolla. Sería absurdo pretender que una opi-

nión tan unánime no descansa sobre algunas apariencias, y de hecho vese aquí una génesis psicológica bastante simple.

La inmensa mayoría de los obreros y de las obreras de Elbeuf es completamente indiferente á la idea de la agrupación sindical; como ya he dicho en el capítulo primero, la población elbeviiana, no ha mucho, todavía sujeta á la influencia de la campaña—puesto que el tejido á mano en el pequeño taller rural ha desaparecido hace bien pocos años—, no ha recibido ninguna formación económica; y estos tejedores, honestos y buenos, son por completo ignorantes de las leyes que rigen su vida industrial.

En estas condiciones, es también imposible agrupar á los tejedores de Elbeuf para una acción dilatada y mirando al porvenir, en un movimiento dirigido aparentemente *contra* los patronos y pidiendo sacrificios pecuniarios *actuales*, para demostrar, como los irlandeses, que la capacidad personal, y no la política, es el medio más seguro para mejorar su destino. Así todos manifiestan que su salario les basta apenas, «sin poder siquiera ahorrar algunos sueldos cada mes», y los que por razones diversas tienen algunas economías, son de ordinario los obreros muy sumisos, «que han podido arreglarse bien sin los sindicatos» y que los juzgan inútiles. Si se agrega á esto que los patronos, cuya formación económica no está me-

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE BOURGOGNE

nos atrasada que la de sus obreros, consideran á los sindicatos como la pestilencia de la industria moderna—pestilencia «cuya acción no puede menos que arruinar á la poca industria que todavía queda en Francia»—, y que en consecuencia persiguen frecuentemente á bala rasa á los audaces que se atreven á tomar la iniciativa de una agrupación corporativa, se comprende que, los que los patronos llaman con más ó menos razón cabezas de motín, díscolos y turbulentos, sean muy á menudo los únicos que entran en los sindicatos obreros, y en todo caso en tomar su dirección. El puesto es peligroso, pide decisión; y así como los soldados de Biribi son, en tiempo de guerra, los mejores combatientes, del mismo modo, en la enorme lucha industrial, la vanguardia no puede estar compuesta más que de los que «lo arriesgan todo.»

Por temperamento y *por necesidad*, los hombres que constituyen la pequeña cohorte de los sindicatos elbebianos, no podían apenas concebir otro medio que la huelga para lograr una elevación de salarios, porque la experiencia demuestra que, en todo país, es posible levantar con una palabra ardiente y empujar hacia una rebelión de algunos días, á hombres que no tendrían ni la previsión ni la capacidad para asociarse en una acción á largo plazo.

Como los sufrimientos de la clase obrera elbe-

viana son bastantes reales, era evidente que vendría un día en que sería posible despertar á los indolentes y adormecidos. Cuando en Septiembre de 1900 esta hora sonó, fueron, en efecto, los fundadores y los jefes de las tres Cámaras Sindicales de la industria lanera también, los directores del movimiento huelguista, y la *adhesión al movimiento huelguista se manifestó bajo la forma de una adhesión á las Cámaras Sindicales existentes*, especialmente á las dos Cámaras cuyas opiniones políticas y sociales son más avanzadas: la «Fourmi» y la Federación Elbeviana.

Los sindicatos fueron el hueso á cuyo alrededor se aglutinó el movimiento huelguista; en menos de seis semanas, la Unión Sindical de Tejedores grupo núm. 2, pasó de 100 miembros á 600; la «Fourmi», de 150 á 1.500, y la Federación Elbeviana, de 500 á 1.200. Para todos mediaba perfecta alianza entre la idea del sindicato y la idea de la huelga; y esto es tan manifiesto, que se ve en la misma época á los obreros de otras profesiones fundar al momento nuevas uniones; en algunas semanas, los metalúrgicos, los obreros de transportes, los carpinteros, los constructores de edificios, los albañiles, los estearineros, etc., fundan á porfía cámaras sindicales; y Elbeuf, que no contaba en la primavera de 1900 más que con tres sindicatos obreros, sin cajas, y hasta podría decirse que sin sindicatos, posee ahora once sin-

dicatos, dotados, en apariencia, de vigor y de fuerza. ¿Cuánto durará este movimiento sindical? Al decir de uno de sus más ardientes protagonistas, se verá pronto, á las cuatro quintas partes de socios cesar en el pago de sus cuotas, porque, «puesto que no hay más huelgas, no vale ya la pena de formar parte de un sindicato».

Extraña doctrina, ciertamente, pero qué al menos demuestra con gran claridad lo que significa esta famosa frase, tan repetida en Elbeuf y en otras partes; que «los sindicatos sólo sirven para organizar las huelgas, y están en trance de arruinar á Francia». Es evidente que para un gran número de obreros franceses la palabra sindicato es sinónima de organización de huelgas, y esto no es, en resumen, más que un hecho nuevo que unir á la historia de los modos como que el hombre ha pervertido sus facultades naturales ó adquiridas. Las invenciones humanas no son más que los organismos naturales dados al hombre por la Providencia, que él usa muchas veces irregularmente: sabido es que en nuestra época hay bastantes gentes que emplean los ferrocarriles para ir á los balnearios ó para hacer traer de Austria los corzos cuya persecución les distraerá algunas horas, como otros se sirven de la imprenta para esparcir relatos deshonestos ó difamatorios. La ley de 1884 ha venido á conferir la libertad sindical á los obreros que no conocían otro medio de me-

jorar su salario que la suspensión concertada de trabajo; estos obreros han usado de la libertad nueva en el único sentido que les parecía practicable (1). Esto es peligroso, pero después de todo, esta práctica es ¡ay! bastante usual en todas las cosas, y se puede creer que la responsabilidad más grave no pesa en todo ello sobre los obreros.

Pero ¿como no se ve que este mal uso, esta aplicación torpe y de pura forma del sindicato, nada prueba contra el sindicato mismo; y como, en realidad, según he expuesto en otra parte (2), y el estudio de las huelgas de Elbeuf demuestra perentoriamente, pretender que las huelgas son debidas á los sindicatos, no equivale á decir que las huelgas son debidas á los movimientos huelguistas? Si la ley de 1884 no hubiera sido votada, las cosas pasarían enteramente de la misma manera.

Los obreros adornan hoy con el nombre de sindicatos á simples coaliciones efímeras é in-

(1) Los obreros parisienses son también ejemplo notorio de desviación hacia una institución saludable en sí misma. La jurisdicción de los hombres buenos es, por excelencia, según parece, un tribunal destinado á asegurar la regulación equitativa y benévola de los pequeños litigios que surgen entre patronos y obreros. Esto supuesto, ¿no se ha visto á las Corporaciones parisienses de obreros imponer á sus elegidos el mandato imperativo de condenar siempre al patrono?

(2) «Las huelgas en 1889 y en 1890».—*R. Ciencia Social*, Febrero 1901, pág. 105.

estables, que se rigen únicamente por la ley de 1884 sobre el derecho de huelga, y que en nada se parecen á las asociaciones permanentes y regularmente administradas, únicas que deben designarse con la palabra sindicato. Este desdichado juego de palabras es muy sensible, porque suministra un argumento complementario á todos los que su ignorancia, real ó fingida, les hace declamar contra la organización sindical. En Elbeuf las huelgas, lejos de ser producidas por los sindicatos, vienen de la impotencia de constituirlos estables y fijos; y lejos de que el sindicato engendre la huelga, se ve, por el contrario, á la huelga engendrar el sindicato, como una consecuencia indispensable. El no apreciar bien el orden de los fenómenos, produce el riesgo de dedicar la energía á combatir una institución á cuyo desarrollo debiera colaborarse con ardor: y esta equivocación contribuye á mantener la guerra social que se quisiera ver terminada.

Si los obreros de la industria lanera elbeviense no han logrado en el mes de Noviembre de 1900 establecer entre sí una cohesión real, capaz de durar un mes, los patronos han manifestado, por su parte, una impotencia no menos profunda para solidarizar sus intereses. El defecto era, por lo mismo, menos censurable en ellos que en sus adversarios. El número de fabricantes ha disminuído, singularmente en Elbeuf, desde hace treinta

años, bajo la acción de las fuerzas económicas, que en esta población, como en otras, propenden á la concentración del capital; puede reducirse actualmente ese número á treinta. Sin embargo, se observa á cada instante la tendencia persistente de cada patrono á permanecer aislado, á entenderse separadamente con sus obreros, sin inquietarse de la repercusión de su contrato en los establecimientos concurrentes.

Todos ellos están persuadidos de que el fabricante hábil debe tender á pagar á sus obreros menos caro que su rival, como debe tender á comprar menos caro que éste la lana ó el carbón que alimentan sus telares ó el horno de su caldera de vapor. Este aislamiento egoísta, parece tan natural á los patronos, que se ven en la imposibilidad de solidarizar eficazmente sus intereses en tres huelgas, en que una carta ultimátum idéntica hubiera podido sugerirles este acuerdo. Los patronos prensadores de paño no llegan más que sus adversarios á unirse seriamente, siquiera por algunos días; y luego que se ponen de acuerdo para conceder un aumento del 10 por 100 en los salarios, les parece imposible de soportar una unión que les pesa; cada uno vuelve á su aislamiento, se apresura á tratar separadamente, tiende á comprometer la causa de sus colegas, y, por consiguiente, su propia causa.

A mayor abundamiento, en las 40 huelgas

parciales el régimen de la pulverización patronal correspondía al de la pulverización obrera. Cada patrono no consideraba más que su interés personal, tal como se lo hacía comprender su insuficiente educación económica, para decidirse ó resistir, ceder ó transigir. Si los pedidos son apremiantes, ó el estado actual de sus negocios lo permite, cesión voluntaria, sin llevar más lejos su mirada, aumentando así las fuerzas de los huelguistas, á quienes provee de un arma nueva para vencer á los otros patronos; mañana, tal vez, víctima de su táctica, sus propios obreros, á la vista de mayores concesiones hechas por un concurrente, le exigirán una nueva elevación de salario (1), y entonces se preguntará, todo sorprendido, cuál es la causa de esta repercusión inevitable, en la que no había soñado.

¿Es menester añadir que muchas veces el patrono sorprendido por la insurrección repentina

(1) Hay en Elbeuf muchos ejemplos de estas demandas reiteradas. MM. Beránger hermanos, aprensadores, espontáneamente habían concedido 20 francos semanales á sus obreros, que quince días después se declararon en huelga para obtener 22 francos. Como la cohesión obrera elbevana se encuentra todavía en estado rudimentario, los patronos se limitaron á reemplazar á los huelguistas con otros obreros.

En un medio industrial organizado, los obreros no hubieran podido formular esta nueva pretensión, y los patronos no hubieran recurrido á este medio de resistencia, por otra parte, bien poco seguro.

de sus «buenos chicos», no puede entenderse ni consigo mismo? Como si no estuviese demostrado que el precio de los salarios es creciente desde hace medio siglo en todos los países industriales, y que son precisamente los países cuyo salario es más elevado los que logran la victoria en la gran batalla del comercio de exportación, él se imagina, á la menor demanda de aumento de paga, «que se verá obligado á cerrar su fábrica, que no podrá en adelante afrontar la concurrencia, que se dedicará á machacar piedra en los caminos, antes que aceptar la nueva carga que se le quiere imponer».

Así, cada patrono, siguiendo los impulsos de su temperamento, luchador ó pacífico, el estado actual de sus negocios, ó las sugerencias á menudo contradictorias de la sorpresa, sólo se aconseja de sí mismo para tomar, solo, una decisión que exigiría el acuerdo común de todos los interesados. Sin duda la fuerza de las cosas ha impelido á los patronos de Elbeuf á establecer entre sí una cohesión desconocida hasta ahora, y una tarifa uniforme de salarios acaba de ser elaborada por el sindicato patronal (1). Pero sin insistir sobre esta circunstancia, bastante grave, mientras este

(1) Véase en la página siguiente la tabla de salarios elaborada por la Cámara sindical de fabricantes elbevanos.